

RESPUESTA A LAFOURCADE

Estimado Enrique:

No me propongo, ni siquiera me interesa, discutir con ese Otro tuyo que llamo L A F O U R C A D E (m. r.), porque, vista la diferencia de hábitos intelectuales que media entre nosotros, no imagino, en verdad, sobre qué podríamos entablar una discusión efectiva. Recuerda, además, que una vez, en la sede del Instituto Chileno-Francés de Cultura, tu Otro intentó hacerlo. L A F O U R C A D E (m. r.) había decidido, entonces, "procesar" al *Nouveau Roman*, pero, lamentablemente, tú no tenías más información sobre este asunto que un humilde artículo de Matthieu Galey. Cien personas, por lo menos, deben todavía recordar el lastimoso papel que, esa tarde, te hizo jugar tu Otro, tan ruidoso como insolvente.

Pero ¿qué hacer?

Tu Otro no es sólo ruidoso e insolvente; sino, asimismo, infatigable hasta la inhumanidad. No se agota, en ningún momento, de la brevedad de tus fuerzas, e infatigablemente te hace hablar de hechos, libros e ideas que, en el mejor de los casos, sólo "conoce" de oídas. Te hace escribir, por ejemplo, Jorge Luis Borges, con un gesto ampuloso, suficiente e irrisorio, para que, luego, un poco más allá de escrito el nombre del autor de *El Aleph*, quede anulado —irrealizado— por un hueco comentario tuyo. Sospecho que, como todo *mitómano*, sólo te alimentas de nombres.

Esto explica que, en tu última carta a PEC, te sientas autorizado, entre otras cosas, para aludir a nuestra vieja amistad, dos semanas después de haberla, por así decirlo, sacrificado a tu incorregible *mitomanía*. Pareciera que olvidas que no fui yo quien, a fin de cuentas, inició esta querrela, sino L A F O U R C A D E (m. r.). Que la posible violencia de mi respuesta estaba, de un modo u otro prevista cuando, dócilmente, prestaste tu mano para el mafioso e injustificado ataque que tu Otro me lanzó a raíz de la crítica de Carlos Morand a *Pronombres Personales*. L A F O U R C A D E (m. r.) no sólo está usurpando un papel social que no le corresponde —el de *Fiscal Público*, cuando no el de *Juez omnímodo*—, sino, asimismo, está devorando, lenta e interiormente, tu fatigada identidad.

Quizá por eso eres excesivo, espectacular, hasta para despedirte de un viejo amigo. Quizá por eso necesitas cinco carillas para lo que, usualmente, basta un silencio.

No quiero, sin embargo, que esta vez te confundas.

Nunca he sido amigo de L A F O U R C A D E (m. r.), sino de ese hombre con-

flitivo, cordial e insatisfecho, al que, desde hace algunos años, te empeñas en ir estrangulando, para que se acomode, en su reemplazo, ese Otro tuyo solenne, soberbia, declamatorio e inconsistente. Quiero recordártelo como último gesto cordial entre nosotros. No me importa que, por ello, tu Otro te obligue a inscribir mi nombre en su *cahier noir*.

Lamento, en verdad, toda esta "historia" menor.

Lamento tener que decirte, públicamente, que L A F O U R C A D E (m. r.) no es nadie, ni dentro ni fuera de Chile, para decidir quién es quién literaria, moral e intelectualmente. Que es sólo una crítica espejal de algún *Advertising Department*, que, al devorarlo, no dejará otro rastro que el recuerdo de un autor prematuramente fatigado no tanto en sus modestas novelas, como en las servidumbres *mitomaniacas* a que ese Otro lo obligó. La Historia de las literaturas abunda, como debes saberlo, en casos de esta suerte. Con ellos sólo se puede, en el mejor de los casos, intentar una biblioteca de libros *imbéciles*, similar a la que, durante sus últimos años, fue reuniendo el malogrado Robert Desnos.

Puedes seguir, por lo tanto, sirviendo a L A F O U R C A D E (m. r.), pero no te imagines que, con ella, estás haciendo la Historia, ni que estás leyendo, en algún secreto manual de Astrología, el destino literario de nadie —ni el mío, ni el tuyo, ni el de Jorge Luis Borges—, sino que estás una vez más, sólo sacrificando la realidad a la *mitomanía*.

Quisiera, sin embargo, darte un consejo antes de ponerte punto final a esta respuesta. Nunca hables en voz alta de política. Tu *mitomanía*, en este caso, puede costarte un mal rato. Tú no sabes mucho de política, pero L A F O U R C A D E (m. r.), ese sí, siempre ha tenido puestos los ojos en el tesón de los "poderosos" de cada hora. Te lo aconsejo sin más explicación porque, en modo alguno, me gustaría despertarte de tu sueño de inocente. Quizá, en último trámite, como en la "nóvela" de Usamuno, cada uno de nosotros está siempre siendo soñado por Otro. Espero que, en mi caso, no seas tú quien me está soñando, porque, en tal situación extrema, tendrías la peor de las pesadillas: L A F O U R C A D E (m. r.) es sólo un mito. El mito de un hombre que, traicionándose a sí mismo cada día, no vacila en prestar su mano para un ataque traidor.

MARTIN CERDA

Incinerador de ídolos (según Lafourcade)

Respuesta a Lafourcade [artículo] Martín Cerda.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cerda, Martín, 1930-1991

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Respuesta a Lafourcade [artículo] Martín Cerda.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile